

# ELOY ALFARO,

## DE LA INMOLACIÓN A LA GLORIA

Por: Jorge Núñez Sánchez  
*Premio Eugenio Espejo 2010*



Cien años después de la masacre de Alfaro y sus compañeros de lucha, la imagen del Viejo Luchador está más viva que nunca en la conciencia de los ecuatorianos. De una parte, la memoria colectiva ha conservado el recuerdo de la revolución liberal como la única transformación social de nuestra historia antes de la Revolución Ciudadana. De otra parte, una mentalidad social generalizada, que incluye a muchas de las antiguas familias conservadoras, ha asumido a Eloy Alfaro como el más grande ecuatoriano de todos los tiempos.

Al mismo tiempo que se ha universalizado el recuerdo alfarista, se ha producido un generalizado olvido de los enemigos de Alfaro.

Y no es solo que la gente haya olvidado sus nombres y acciones, sino que repudia su memoria y se niega a beneficiarlos con la remembranza social. Ahora, ellos están en el verdadero basurero de la historia, constituido por una mezcla de desprecio general y olvido colectivo.

Forman parte de esa memoria colectiva los recuerdos sobre el origen de la revolución alfarista, que se inició en la base de la estructura social y en regiones marginadas, como la Costa Norte y la Cuenca del Guayas, para luego conquistar los grandes centros urbanos, que eran la sede del poder político. En un país gobernado largamente por hacendados, generales de alta clase y doctores de derecha, irrumpieron de pronto en las esferas del poder unas gentes venidas de abajo y de la periferia, que se empeñaron en reformar la estructura del Estado, cambiar las leyes y renovar el modo de ver y hacer las cosas, en un país que la oligarquía y la Iglesia querían mantener quieto y aislado del mundo.

Los curioso es que esos montubios y chagras radicales no llegaron a la capital para imponer una visión regional o provinciana, sino con un gran espíritu de cambio, modernidad y progreso.

## Las reformas del Alfarismo y sus efectos históricos

La revolución alfarista estremeció las estructuras sociales y las mentalidades del viejo país.

Hizo reformas políticas, sociales y culturales que sentaron las bases para un país nuevo y distinto, a tono con los tiempos de la modernidad capitalista.

Estableció el Estado laico, separando al Estado de la Iglesia y fijando una saludable distancia entre los espacios público y privado, de modo que quedaron en el primero la acción política, las luchas sociales y las acciones culturales, pasando al espacio privado las cuestiones religiosas y de conciencia. Aunque la jerarquía religiosa no se ha resignado todavía a esta separación y de tiempo en tiempo se empeña en entrometerse en la vida política, no es menos cierto que la mayoría ciudadana repudia ese tipo de intromisiones y actúa políticamente al margen de la influencia religiosa. Y no hay duda que este ha sido uno de los elementos que han contribuido a hacer del Ecuador una "Isla de Paz".

La segunda en importancia fue la gran reforma educativa del alfarismo, que comenzó con el establecimiento de la educación "pública, laica y gratuita", continuó con la creación de los Normales y se completó con la creación de las grandes escuelas de educación artística: el Conservatorio Nacional de Música y la Escuela de Bellas Artes.

Todavía no hemos valorado con justeza los alcances de esta reforma. Hay que recordar que, hasta entonces, la educación era un privilegio de pocos, del que estaban marginadas legalmente las mujeres y al que podían acceder únicamente los hijos de familias de buenos recursos. El alfarismo rompió con esa estructura de marginación sexista y privilegio social,

abriendo las puertas de la educación a las mujeres y creando un sistema de escuelas y colegios públicos en todo el país. Pero el esfuerzo revolucionario tuvo que enfrentar la durísima resistencia de los curas y gentes beatas, que se opusieron a la educación pública con tal virulencia que llegaron a apedrear y perseguir a los maestros y maestras laicos.

Una treintena de años más tarde empezaron a verse los frutos de esa reforma alfarista. Por todo el país se levantaba con fuerza la educación pública, laica y gratuita, fortalecida técnicamente con la influencia de la Misión Pedagógica Alemana. Bajo la guía de grandes maestros laicos como Manuel de Jesús Andrade, Leonidas García, Manuel Utreras Gómez, Reinaldo Espinoza, Luis Felipe Torres, César Silva, César H. Semblantes, Francisco Ramón y Fernando Pons, surgió una primera generación de pedagogos ecuatorianos de la talla de Emilio Uzcátegui, Reinaldo Murgueytio, Amarilis Fuentes Alcívar, Justino Cornejo, Darío Guevara, Ernesto Guevara Wolf, Elisa de Aulestia, Lucía Baquero, Gonzalo Abad Grijalva, Edmundo Carbo y Víctor Hugo Maldonado, algunos de los cuales crearon la escuela de “Nueva Educación” a partir de las ideas de Ovidio Decroly.

Paralelamente, en casi todas las provincias emergió, como fruto de ella, una generación de escritores y pensadores populares, que se lanzó a renovar las letras e ideas nacionales. Así, el espacio cultural, donde hasta entonces habían reinado solo los hijos de las familias terratenientes, se vio inundado de nuevos pensadores y escritores que venían del pueblo y se intere-

saban por describir la realidad social existente. De este modo nació una corriente de pensamiento crítico de la que formaron parte Carlos Puig Vilazar, Luis Maldonado Estrada, Rigoberto Ortiz Bermeo, Manuel Donoso Armas, Ricardo Paredes, Pedro Saad, Benjamín Carrión y Manuel Agustín Aguirre. Igual origen tuvo la escuela de literatura realista, que floreció paralelamente en varias provincias, aunque tuvo un vigor especial en Guayaquil. La integraron, entre otros, José de la Cuadra, Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert, Alfredo Pareja Diezcanseco, Joaquín Gallegos Lara, Angel F. Rojas, Fernando Chávez, Jorge Icaza y Pedro Jorge Vera.

También hay que destacar la vigorosa irrupción cultural femenina, protagonizada por las maestras y escritoras Rita Lecumberri Robles, Lucinda Toledo, Mercedes Elena Noboa Saá y María Luisa Cevallos, primeras egresadas del Normal de Señoritas que inauguró Alfaro en 1901, y por la pedagoga Dolores J. Torres, la cantante de ópera y escritora Blanca Martínez Mena de Tinajero, la lideresa feminista Elisa Ortiz de Aulestia, la filósofa y pedagoga María Angélica Carrillo de Mata Martínez y las poetas Aurora Estrada y Ayala, Mary Corylé, Elisa C. Mariño, Morayma Ofir Carvajal y Matilde Hidalgo de Prócel, la periodista y maestra Hipatia Cárdenas Navarro, la escritora y activista política Nela Martínez, la maestra y activista Luisa Gómez de la Torre y la maestra y polígrafa Raquel Verdesoto de Romo Dávila, todas ellas destacadas feministas.

Similar fenómeno ocurrió en el campo del arte, donde las instituciones creadas

por Alfaro en 1900 produjeron, una generación más tarde, sus primeros frutos en sazón. Así, del Conservatorio Nacional de Música emergió una Escuela Musical Nacionalista, integrada por una pléyade de brillantes compositores, cuyas obras alimentan hoy mismo el espíritu de los ecuatorianos, que las reconocen como un signo de identidad y como parte de un acervo colectivo. Entre otros se destacan los nombres de Sixto María Durán, Juan Pablo Muñoz Sanz, Luis Humberto Salgado, José Ignacio Canelos, Segundo Cueva Celi, Carlos Brito Benavides, Ángel Honorio Jiménez, Francisco Paredes Herrera y Julio Cañar. Y de la Escuela de Bellas Artes, creada también en 1900, surgió tres décadas después la brillante Escuela de Realismo Social, integrada por un conjunto de artistas que han dado justificado renombre a nuestro país: Camilo Egas, Pedro León, Diógenes Paredes, Galo Galecio, Oswaldo Guayasamín, Eduardo Kingman, Carlos Rodríguez, Manuel Andrade Ureta y José Enrique Guerrero.

Otra entidad educativa fundamental creada por Alfaro fue el Colegio Militar que lleva su nombre, destinado a la formación de oficiales del ejército, que se complementaba con la Academia de Guerra, para su posterior perfeccionamiento. Esta institucionalidad marcó un cambio definitivo en la formación militar y la organización del sistema de grados y mandos, hasta entonces inevitablemente sujetas a la improvisación y marcadas por la presencia de generales y coroneles “gritados”, es decir, consagrados por el apoyo de su tropa. Tres décadas más tarde, los primeros oficiales surgidos de esta formación profesional fueron quienes pusieron fin al corrupto

régimen de la “bancocracia” liberal, constituido tras el asesinato de Eloy Alfaro y sus capitanes. Tras apresar a los coroneles y generales que sostenían a ese régimen oprobioso, aquellos jóvenes oficiales, que se proclamaban alfaristas, pusieron en marcha la Revolución Juliana, notable experimento militar nacionalista encaminado a fortalecer al Estado, frenar los desafueros de la banca privada y beneficiar a los sectores más pobres de la población.

## El Alfarismo y los alfaristas

La masacre de Alfaro y los líderes del radicalismo, en enero de 1912, fue el punto de partida de nuevos crímenes políticos, cometidos por la misma facción reaccionaria enquistada en el poder. El 5 de marzo siguiente se produjo el alevoso asesinato del general Julio Andrade, quien fuera segundo jefe del ejército gubernamental durante la recién pasada guerra civil y que figuraba ahora como candidato presidencial opositor al general Plaza. Por esos mismos días hubo varias otras muertes misteriosas, de las que fueron víctimas algunos radicales amigos de Eloy Alfaro. Una de ellas fue la del coronel José Ignacio Holguín, un brillante jefe militar que se había distinguido en la contención a las guerrillas conservadoras y el desbaratamiento de las invasiones de “cristeros” colombianos; aunque el anuncio mortuario hablaba de muerte por enfermedad, se sabe que hubo planes oficiales para asesinarlo y que él se hallaba informado de ellos.

Mas también hubo radicales que se pusieron a buen recaudo de la venganza

oficial y que inclusive se alzaron en armas para vengar la muerte de sus jefes y amigos. El más conocido de ellos fue el coronel y doctor Carlos Concha Torres, que lideró en Esmeraldas la llamada “Revolución Conchista”, en nombre del alfarismo superviviente. Ello provocó un eco en Manabí, donde antiguos jefes montoneros se alzaron también contra el gobierno.

Para reprimir esos alzamientos, el régimen de Plaza, aliado abiertamente con la banca porteña, montó varias campañas militares contra los revolucionarios, tan costosas como desastrosas, pues las tropas nacionales fueron vencidas reiteradamente por los guerrilleros, que, pese sus triunfos, quedaron encerrados en los límites provinciales de Esmeraldas. Esa campaña significó un terrible desangre para el país, en razón del elevado número de bajas que causó, pero en cambio resultó ser un fabuloso negocio financiero para la nueva oligarquía en el poder, la cual descubrió que, si no podía ganar prontamente la guerra, en cambio podía sacarle un gran provecho económico, otorgando préstamos al gobierno mediante grandes emisiones de papel moneda sin respaldo, hechas con el conocimiento de las autoridades. Y a esas emisiones se sumaron otras, que la banca hizo por su cuenta y que causaron una terrible inflación. Esto motivó la protesta de los trabajadores, que fueron masacrados en Guayaquil el 15 de noviembre de 1922. Al fin, en 1925 estallaba la Revolución Juliana y era eliminado del poder ese oscuro maridaje entre la bancocracia y el liberalismo placista.

En el futuro nadie reivindicaría al placismo. A partir de los años treinta, aún el

mismo Partido Liberal renegó de aquella tendencia y reivindicó el nombre de Alfaro, en parte por convicción y en parte por oportunismo. Además, los viejos radicales supervivientes, como José Peralta, se encargaron de denunciar a los victimarios de Alfaro y de insuflar en el liberalismo algunas ideas avanzadas del Viejo Luchador.

De otra parte, las nuevas fuerzas políticas surgidas en esa coyuntura levantaron en alto el nombre y el ejemplo revolucionario de Alfaro. Se destacaron en ello personajes como el líder socialista Carlos Puig Vilazar y los líderes comunistas Ricardo Paredes y Pedro Saad. En 1959, la Editorial Viento del Pueblo, vinculada al Partido Comunista, publicó en Quito las “Obras escogidas de Eloy Alfaro”, en dos gruesos tomos. Dos años después, el 8 de octubre de 1961, se inauguraba en Guayaquil un impresionante monumento a Eloy Alfaro, levantado gracias a la gestión de un comité cívico liderado por Genaro Cucalón Jiménez y diseñado por el gran escultor lojano Alfredo Palacio. Otros monumentos a Alfaro se levantan en Quito, Portoviejo, Montecristi, La Habana, Managua, Valparaíso y otras ciudades del mundo. Calles y avenidas en homenaje a Eloy Alfaro cruzan las principales ciudades ecuatorianas.

Varias otras expresiones políticas del siglo XX han asumido la denominación de alfaristas. En 1972, un grupo de antiguos militantes liberales, encabezado por el economista Abdón Calderón Muñoz, fundó el Frente Radical Alfarista (FRA), grupo que reivindicó las ideas y actitudes del liberalismo original y combatió activamente a las dictaduras militares de los años

sesenta y setenta. En noviembre de 1978, Calderón sufrió un atentado criminal encargado por la dictadura militar, a consecuencia de lo cual falleció. Esto provocó una solidaridad nacional con el FRA, que por un momento vio fortalecido su apoyo electoral, aunque luego este declinó.

En 1983 surgió el movimiento guerrillero “¡Alfaro Vive, Carajo!”, más conocido por sus siglas AVC, que se autodefinía como de izquierda revolucionaria. Su líder Arturo Jarrín afirmó que la organización tenía tres objetivos: democracia auténtica, justicia social y una economía nacional independiente. Entre las primeras operaciones de AVC estuvo el robo de las espadas de Eloy Alfaro y Pedro J. Montero del Museo Municipal de Guayaquil, a lo que siguieron algunos asaltos bancarios para financiar sus actividades y el secuestro del banquero Nahím Isaías. Durante el gobierno de León Febres Cordero, el grupo fue muy afectado por la sistemática represión, que incluyó torturas, asesinatos y desapariciones de sus miembros. Con todo, persistió en sus acciones hasta 1991, en que negoció un acuerdo de paz con el gobierno de Rodrigo Borja y entregó sus armas, pasando luego a la acción política legal.

En noviembre de 2005 la opinión popular, recogida por la cadena de televisión Ecuavisa, consagró a Eloy Alfaro como “El mejor ecuatoriano de todos los tiempos”. Y al iniciarse la “Revolución Ciudadana”, la imagen e ideas de Alfaro fueron retomadas para liderar simbólicamente la nueva transformación. En su tierra natal, Montecristi, fue construida la “Ciudad Alfaro”, un gran centro de convenciones destinado a albergar la nueva Asamblea

Constituyente, que se constituyó en un espacio central de la nueva democracia social, a donde acudieron cientos de miles de ciudadanos llevando sus ideas y propuestas para la nueva Constitución. Lo que es más importante: el nuevo gobierno nacional, presidido por Rafael Correa, recuperó y puso en actualidad varios proyectos y planes simbólicos del alfarismo original, restableciendo el sistema nacional de ferrocarriles, ampliando la educación “pública, laica y gratuita” hasta el nivel universitario, impulsando un renovado proyecto de industrialización y estímulo a la producción interna, resistiendo las exigencias extranjeras tendientes a imponer políticas de “libre comercio” y estimulando activamente los proyectos de unidad latinoamericana, con miras a constituir una vigorosa entidad política, que tenga presencia e influencia en la vida internacional.

Cien años después de su inmolación, Eloy Alfaro vive en el alma de los ecuatorianos y sigue ganando batallas contra la injusticia y por la libertad.